

Cuando hace un par de años empecé a preparar un estudio sobre la obra de Antonio Palacios lo hice más que nada animado por el deseo de profundizar en el mito de un arquitecto conocido superficialmente, pero catalogado casi unánimemente como el prototipo del arquitecto monumentalista, de grandes facultades, pero vuelto de espaldas a los problemas que estaban por entonces condicionando la evolución de la arquitectura hacia la modernidad. La calidad innegable y atrayente de los detalles más visibles en algunas obras de Palacios me inclinaron a desbrozar y analizar una obra que se presentaba, en principio, como un paradigma de los escapismos grandilocuentes y megalómanos, fruto de los últimos estertores de la cultura del ochocientos. En España hemos conocido frecuentes rebrotes del historicismo monumental, el último de ellos casi en nuestros días. Analizar el más monumentalista y desafortunado—como se ha juzgado reiteradamente a Palacios—podía presentar casi caricaturizadas las razones y las sinrazones de esta modalidad arquitectónica que, guste o no, es uno de los capítulos de la arquitectura de nuestra época. Podía ser clarificador conocer la obra del más ególatra y grandilocuente—según los juicios precedentes—de los arquitectos españoles del último siglo.

Pero el enfrentamiento más profundo con los pormenores de la vida y la obra de Palacios, las explicaciones de los que le conocieron o trabajaron con él y, sobre todo, la experiencia detallada de su labor, construida o solo proyectada, han ido alterando mucho los esquemas iniciales e, incluso, los han subvertido en algunos puntos. Se me ha ido presentando una obra mucho más compleja, más facetada, menos simplista y, sobre todo, ha ido apareciendo un eslabonamiento fuerte y significativo, un profundo enraizamiento con su tiempo y con su entorno general, el español y el universal. Sería necio aceptar encomiásticamente toda la labor de Palacios y elevarle un pedestal incondicional, como lo sería recha-

zarla indiscriminadamente tras etiquetarla bajo un único calificativo, sea éste el de monumentalista, como lo ha sido casi siempre, o cualquier otro. Lo que al final se me ha puesto de manifiesto claramente es que Palacios fue un hombre con unas excepcionales facultades de arquitecto, pero también un individuo consciente y nada irrealista, entregado incondicionalmente a la arquitectura y a todos sus problemas tangentes. Y es por ello por lo que ha ido dejando en su obra potentes testimonios de sí mismo, de su época y de los problemas que acosaban entonces a la arquitectura. A lo largo de la obra del arquitecto gallego van apareciendo reflejados en sus episodios los pormenores de un período tan problemático, tan polemizado, también tan cargado de potencia y originalidad y, lo que es peor, tan poco conocido como es nuestro pasado inmediato.

Quisiera expresar mi agradecimiento a cuantos me han facilitado documentación, noticias y múltiples ayudas para introducirme en una obra tan compleja e ingente y cuya documentación hoy está casi totalmente dispersa o perdida por la desafortunada circunstancia de no existir descendencia directa de Antonio Palacios. Gracias a sus colaboradores, amigos y familiares, a don Pascual Bravo, don Casto Fernández Shaw, don José Mouriño, don Isidro Vázquez Palacios, don Oscar Alonso, Msr. Jesús Espinosa y don Leandro Diz, a don Francisco Otamendi, a don Fernando Chueca y, en especial, al estudiante de Arquitectura José Carlos Mallorquí, por las excelentes fotografías que ha realizado expresamente para este trabajo.

*A. González Amezcua.*

